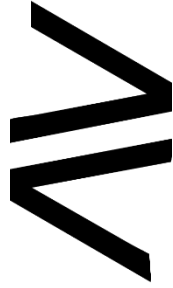


MINI

archivo●
entre >
guerras





**Padre fragmentado
dentro de una bolsa**
De Ángel Hernández





© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: archivo.entreguerras@gmail.com



1. Primer fragmento del padre

—¿Se fueron?

—No.

—No iremos a ningún lugar.

—Tienen que irse. La zona está cercada. No pueden quedarse aquí.

Este primer fragmento que corresponde a mi padre quisiera tenerlo cerca del cuerpo. Colocarlo, por ejemplo, aquí, sobre el pecho. Me angustia saber que era una parte de él. Algo que él tuvo consigo toda su vida. Desde su nacimiento hasta el momento en que fue desprendido de ella. Pero no importa, ahora no recordará. Mi padre tenía una memoria plana. Inconforme. Estúpida. Las estrellas le gustaban, pero no hacía nunca demasiado esfuerzo en mirarlas. Yo era apenas una niña y eso era suficiente para quererlo.

—Salgan.

De joven era un poco más divertido: mamá abría la boca y él le escupía dentro. Luego, mamá escupía la misma saliva en la boca de él y reían. Eso para ellos era mejor que besarse, aunque en realidad implicaba lo mismo: hacer transitar la saliva de una boca a la otra.

—Por favor. Tienen que salir de aquí.



Papá llegaba y era suficiente con eso. Me tocaba el cabello y era suficiente. Lo entendía todo. Entendía que él no quería estar cerca. Comíamos, luego, abría la ventana. Veía hacia un lado y el culo de su princesa se sentaba en el comedor a esperar el postre. Ahora está muerto, partido en seis pedazos dentro de esta bolsa que alguien ha dejado fuera del colegio, y los hombres armados que han llegado hasta aquí piden a mi madre y a mí que nos marchemos:

—Váyanse ya.

—Sí. ¿Podrían sólo mover un poco a papá de esta esquina? Cualquiera puede pensar que no es papá... sino basura.

2. Interlocución

—¿Qué hiciste hoy?

—Nada.

—¿A dónde fuiste?

—A ningún lugar.

—¿Qué te agradó más durante el día?

—El silencio.

—¿Qué planes tienes ahora?

—Quedarme quieta en este lugar.

—Duerme temprano. Mañana comenzará otra vez.

—Sí. Ya estoy dormida.



—¿Ya estás dormida?

—Sí.

—¿En qué sueñas?

—En que hay un cuarto vacío.

—¿En qué más?

—En que dentro del cuarto estoy también yo, vacía.

—¿Es una pesadilla?

—No. Es un sueño de nada.

—Despierta. Tampoco es bueno dormir demasiado. Anda... ven a besarme.

—Lo sé, papá.

Reproduciré las preguntas otra vez. Sin embargo, ahora no contestaré:

¿Qué hiciste hoy?/ ¿A dónde fuiste?/ ¿Qué te agradó más durante el día?/ ¿Qué planes tienes ahora?/ Duerme temprano. Mañana comenzará otra vez/ ¿Ya estás dormida?/ ¿En qué sueñas?/ ¿En qué más?/ ¿Es una pesadilla?/ Despierta. Tampoco es bueno dormir demasiado. Anda... ven a besarme.

En esta grabadora, están las preguntas necesarias que papá tendría que hacer durante el día. Ahora tengo la libertad de contestar o abstenerme de hacerlo sin importar lo que en ese momento esté haciendo:

Llorar

Callarme

O intentar olvidar



Tres pequeñas cosas que se relacionan entre sí principalmente gracias a él.

Reproduciré ahora sólo la primera:

—¿Qué hiciste hoy?

—Mentir.

3. Aritmética de un ojo

—Pienso en tu padre. Recuerdo sus ojos.

—Mamá, no confío en ti.

—Voy a salir, ya son las seis.

—No confío en ti. No confío en que puedas algún día enseñarme cosas de madre.

—¿Qué son cosas de madre?

—Hombres.

—¿Quieres que te hable de hombres?

—Sólo de los tuyos. Sólo de los de mamá.

—Podría hablarte de tu padre entonces.

—No. Podrías comenzar por él, pero me interesa más el resto.

—¿Qué dices?

—Eso, papá está muerto. Me interesa el resto. Quiero decir, los hombres vivos, los que han quedado. Tus hombres que han quedado vivos y que en cualquier



momento pueden acercarse a mí para hacerme daño. Los que puedo confundir con hombres buenos y me lleven a la cama para arruinar mi juventud.

—¿Para eso te interesan los vivos?

—¿Entonces, hay vivos?

—Bueno...

—Hay. Sé que los hay.

—No sé qué contestarte Marianne.

—Me interesan tus hombres vivos, porque así puedo preguntarles algún día, como eras tú en realidad.

—¿Quieres saberlo?

—Quiero saberlo mamá. Sé que me engañas. No confío en ti y no hables ya de estupideces como recordar los ojos de papá y esas cosas.

—Pensé que te hacía sentir bien saber que extraño a tu padre ahora que ha muerto. Por lo menos sus ojos.

—No.

—De acuerdo. No lo haré.

4. Salón de clases

Era viernes. Hola, imbécil uno; hola, imbécil dos; hola, imbécil tres; hola, imbécil cuatro; hola, imbécil cinco; hola, imbécil seis; hola, imbécil siete; hola, imbécil ocho; hola, imbécil nueve; hola, imbécil diez; hola, imbécil once. Bien, he terminado de saludar a mis compañeros de clase. ¿Qué tenemos hoy, Christine?



—Buenos días. Hay algo aquí que no anda bien. Todos lo sabemos. Levante la mano quien lo sepa. ¿Nadie? Bien, se los diré: hay olor a muerto. Desde hace algún tiempo, hay olor a muerto en todos lados. Y, como saben, el padre de Marianne murió la semana pasada. ¿Cómo se encuentra ella? ¿Alguien se lo ha preguntado? No. Pero la ciudad sigue oliendo a cadáveres que mañana pueden ser sus propios padres. ¿Han pensado en eso? No. Ahora pensaremos en ello un segundo... Listo. Marianne, de pie, por favor. ¿Has pensado en eso?

—He pensado en qué haré ahora sin mi padre.

—Muy bien.

—He pensado en cómo pudo haber pasado todo.

—Muy bien.

—Y, a ratos, he pensado en tomar la sierra y cortar mi cuerpo en pedazos como lo hicieron con él.

—Eso quiere decir que no eres feliz, Marianne.

—No.

—Bueno... ¿Y dónde serías feliz?

—En tu cuerpo, Christine.

—¿Qué dices?

—Siendo tú, que sí eres feliz.

—Silencio. ¿Pueden dejar de reír un momento? Silencio. A ver, Marianne: tienes razón, yo soy feliz. Me gusta la luz del día, agradezco estar viva y mi padre no ha muerto como el tuyo. Sin embargo, no puedes pretender mi felicidad, porque tu felicidad debe ser distinta. Debe ser la tuya, Marianne, la propia. Y ahora, a pesar de todo lo que sucede, tendrás que encontrarla en algún lugar. ¿De acuerdo?



—Sí.

—Bien. Le pedí a Marianne que escribiera un pensamiento sobre la muerte de su padre que pudiéramos discutir y reflexionar. ¿Estás lista, Marianne?

—Sí.

—¿Cómo se llama lo que nos leerás?

—Segundo fragmento del padre.

—Bien. El título es interesante.

5. Segundo fragmento del padre

Diré sólo las palabras que recuerdo de esa tarde
cuando frente a la puerta de la escuela
sacaba a papá en fracciones de la bolsa

Recuerdos

son como pequeños recuerdos que se hacen niños primero
y luego van creciendo
niños de cinco ocho y diez años
y este recuerdo es como un niño de cinco
es decir
es muy pequeño
es lejano
no sé



Los niños de cinco años ya hablan
los niños de cinco años caminan y van a la escuela
pero siguen llorando como pequeños cerdos

Este recuerdo de mi padre
es como un niño de cinco años que llora
porque se le ha perdido uno de sus dedos bajo la escalera
y no logra encontrarlo
sabe que si accede a subir se quedará sin nada
pero tal vez encuentre su cama
y vaya hasta ahí para dormir y mojarla en paz
no importa

El recuerdo de papá es de la edad de cinco años
y cuando tomo sus dedos efectivamente siento que
de algún modo él me toca aunque ahora sus dedos ya no acaricien
y comience a sentirme como una pequeña perra desilusionada
que quiso llevarlos en algún momento del día dentro
de uno de sus orificios

Ahora diré sólo las palabras que recuerdo de esa noche
“tema”
la letra “a” en minúscula
y desde luego
“papá”



6. Christine al final de la clase

—Marianne, no hemos entendido lo que quieres decir con todo eso. ¿Estás hablando de amor filial? ¿De incesto? ¿De una guardería de recuerdos? ¿O sólo quieres confundirnos? Mira, anoté las palabras que dijiste e hice algo para ti con ellas. Siento que es una forma de reconstruir a tu padre y ayudarte a comprender su muerte. Ven. Hagamos un ejercicio tú y yo. ¿De acuerdo? Observa la palma de mi mano. Aquí hay un espejo. Mírate. Ahora mírame a mí. Ahora mira a tu padre. A él no lo ves. ¿O lo ves? No, no lo ves. No lo ves porque no está aquí. Yo lo veo, pero sólo si hago un esfuerzo por introducir el espejo en la bolsa y eso no será lindo, ¿verdad? Al contrario, sería un asco que nos hará vomitar a las dos.

—Sí.

—Claro que sí. Bien. Hice algo con las tres palabras que dijiste antes de mencionar que eras una perra. Perdón, me reí como todos en la clase cuando lo dijiste. No debí hacerlo, lo sé. Pero, Marianne, eres una perra que mata de risa. Ahora viene el regalo. Con las palabras que dijiste que tenías como un recuerdo de papá, escribí esto para ti. Lo voy a leer:

“El tema es que papá siempre, aunque muerto, estará aquí.”

—Subrayé tus palabras en el escrito para que las puedas reconocer. Ten.

—Me duele esta broma, Chris.

—No es una broma. Pensé que te haría bien.



—Estás tratando de contener la risa, Christine, sí lo es. Me duele que tomes las últimas palabras con las que recuerdo a papá para divertirte formándolas de ese modo. No lo hagas más.

—¿A qué te refieres, Marianne?

—Te estoy pidiendo que dejes de formar frases con esas palabras que para mí son importantes. Nada más.

—Pensé que era una forma de hacerte comprender que él vivirá en el recuerdo, como se acostumbra decir.

—No, no, no ayuda en eso. No ayuda en nada. Además... no quisiera decirlo así, pero no hay motivos, no encuentro ya motivos para reconstruirlo. Para querer formarlo. Al principio, sí. Al principio, fue muy duro. Yo era quizá una idiota más grande de la que soy ahora.

—Y él era, algo así como... un rompecabezas.

—Sí. Era un rompecabezas, Chris, en eso tienes razón. Pensé en llamarlo “Sr. Rompecabezas”. Deja de llorar, no es necesario que lo hagas.

—Quisiera demostrarte de algún modo que lo siento.

—No hay problema, Christine. Solamente no sigas tratando de hacer frases con las palabras que recuerdo.

—Lo entiendo.

—Y deja de abrazarme, por favor. Quiero irme.

—Me reí cuando dijiste que eras una perra. Perdón. Me reí también cuando te miré arrastrar esa bolsa fuera de la escuela sin saber que dentro estaban los restos de tu padre. Pensé: “¿Qué hace ahora esta demente? No se presentó el día de hoy a clases y aparece arrastrando de ese modo una bolsa de basura por la calle y llorando. ¿Por qué no reunimos firmas y logramos echarla del colegio?



Ha enloquecido”. Algunos nos reímos claro, pero luego de saber lo que en realidad sucedía frente a algo que al principio aparentaba ser tan ridículo, comenzamos a llorar contigo.

—Yo no lloré, Chris, te engañas. Y si no me presenté ese día, fue porque mamá me obligó a ir al hospital.

—Debiste llorar. Todos lloramos. Yo me sentí mierda. Te confieso que eso fue lo que me sentí: mierda. A nadie gustaba tu padre, es verdad. A nadie gustaba que viniera a buscarte a la salida siempre con autos distintos y todos en el fondo sabíamos que eso podía pasarle. Pero nunca imaginamos que fuera tan pronto y menos a la puerta de nuestro colegio. Nadie, por más que te odie, querría eso para ti. ¿Lo entiendes?

—Silencio, Chris. Hablas demasiado.

—Nadie te obligó a que cargaras esa bolsa luego de que supiste lo que llevaba dentro. Nadie. Eso lo hizo todo más triste y déjame decirte lo que pensaron los demás: los demás pensaron que tú después de eso ya no hablarías con nadie, que tenías bastante con cargar en una bolsa a tu padre hecho pedazos, como para querer mirar que algo andaba bien o mal por acá. ¿Entiendes? Interesarte en mirar lo que por acá se dice. Lo que por acá se hace bien o mal. Pero no. En una semana, regresaste a sentir que todo otra vez se formaba: tus notas, las cintas de los zapatos, tu nombre en la lista de asistencia. Yo no quería eso para ti. Era mejor que no aparecieras. Que vivieras tu luto. Todos lo hacen. Si papá es encontrado en una bolsa fragmentado, todos tendrían que hacerlo. Es el mejor pretexto que existe para desaparecer ante los ojos del mundo.

—Disculpa, Christine, tengo que ir a casa. No me siento bien.

—¿Qué te pasa?



—Tengo náuseas de oírte.

—Marianne, tú volviste. Tú volviste. Así que ahora hay que estar hablando de esto gracias a que has vuelto. Hay que estar aquí, en vez de haber podido estar lejos... quietas, como licuadoras cuando terminan de deshacer y mezclar cosas y producir espuma.

—*Licuadoras*. Disculpa, pero qué idiota eres, Chris.

—Estar sin tener que decir *idiota* cuando yo diga *Licuadoras*.

7. Papá en la clase de inglés

A

—Hice el dibujo en un papel grande. No había una hoja más chica, así que ahí lo comencé a trazar todo.

—El trabajo para la clase de inglés consistía en hacer un dibujo sobre cualquiera de los padres, se encontraran vivos o muertos. Marianne decidió, como era de esperarse, dibujar al padre muerto y agregó a algunas otras personas que salían de su cabeza, como si en ese momento le hubiesen disparado fragmentándole el rostro en varias secciones. Luego, escribió al margen una frase incomprensible, porque no dejó espacio entre las letras:

“Éstaeslacarafragmentadadepapáamarillodemuertoéstaeslaespaldafragmentad
adepapáamarillodemuertoésteeselcuerpofragmentadodepapáamarillodemuerto”



—Éste es el dibujo. La cara se la pongo rota completamente. También la parte del tórax. Amarilla, que era el color que él tenía cuando le vi dentro de la bolsa. Luego, de su cabeza surgen rostros como el de la persona que lo asesinó, sus hermanos que no conoció y los amantes de mi madre que fueron, hasta donde se sabe, dos: Roldan y Herbert, con los que sueña mientras finge tener un orgasmo con él. Pero lo mejor del dibujo es el sombrero. El sombrero dijo mi madre que le da la idea de papá, porque, en efecto, algunas veces, él se veía en la necesidad de usar sombrero, pero en general me ha dicho que se siente ofendida por todo lo que he intentado plasmar. No sé por qué.

—Bien, Marianne. Gracias. Démosle un aplauso.

—Sí. A ustedes les ha hecho feliz mi dibujo y ahora yo tengo que caminar con la vergüenza de tener un padre disperso en todos lados que es imposible juntar.

B

—Hablemos del dibujo, Marianne.

—¿Qué pasa?

—Primero: es un dibujo que el resto del grupo no quiere mirar, tiene demasiado amarillo. Segundo: es potencialmente agresivo. Tercero: es inmoral. Incluye cosas privadas de tus padres, tan privadas como lo es el sexo. ¿Hablas de los orgasmos de tu madre o algo así?

—Sí.

—Además, todos estamos de acuerdo en que eso no es tu papá. Tu papá no era amarillo. ¿O sí?

—Christine...



—Coincidimos en que te has fabricado una imagen errónea de él. Los padres son los superhéroes de los chicos, Marianne, y lo que tú haces con la reputación del tuyo es destrozarla delante de tus compañeros, hablando sobre asesinos, traiciones y amantes. ¡Corrígelo!

—Necesito ir a mi casa, Christine. Dame un pase de salida, por favor. No me siento bien otra vez.

—Está bien, pero deja aquí el dibujo.

—No. Necesito llevarlo conmigo, trabajar en él. Me lo acabas de pedir hace un momento.

—Trabajarás con él mañana, en el horario de clase.

—Quiero tenerlo conmigo.

—¿Te hace sentir bien?

—Sí. Me hace sentir bien.

—No lo entiendo y siento decirte esto, pero no permitiré que ese dibujo salga de este salón.

—Quiero tenerlo conmigo. Hay cosas que no entenderían ustedes. Y es mejor que sea así.

—Ése no es tu padre, Marianne. Ése no es tu padre. No te engañes más y ve a descansar.

C

—No has venido en tres días. ¿Qué pasó contigo?

—¿Dónde está el dibujo, Chris?

—Aquí.



—¿Lo rompieron?

—Lo siento. A los chicos les molestó que no volvieras para corregirlo como prometiste, cuando todos han estado trabajando en los suyos.

—Voy a recoger los pedazos.

—Faltan pedazos. No están todos.

—No importa.

—Algunos se perdieron, no podrás completarlo.

—Tengo derecho de volver a unirlos.

—Tienes derecho a seguir descansando, Marianne. Aquí hay un pase de salida. Quédate en casa un día más.

—Y aquí hay 31 pedazos. Mira. Los he contado.

—Es estúpido que trates de unirlos. ¿Cuánto tiempo te llevará? El dibujo no era lindo para nadie, ya te lo he dicho.

—Ahora faltan solamente cuatro pedazos para completarlo. ¿Dónde están?

8. El primer pedazo estaba en el bolso de una imbécil llamada

Melissa

—¿Qué haces?

—Vine por esto, que es parte del dibujo que hice. ¿Por qué está aquí? ¿Dónde están los otros?

—Había muchos pedazos de tu dibujo por todos lados. Nadie sabía qué hacer con ellos. Al principio, algunos querían prenderles fuego, luego, algunos



queríamos echarlos al WC, como lo hicimos contigo cuando llegaste por primera vez al salón y no habías visto un pito de adolescente acercarse tanto a tu boca para intentar mear ahí. ¿Recuerdas? Bueno, ahora todo es distinto, deberías saberlo. Ahora algunas por lo menos te llaman *amiga* en lugar de *lamebolas*. Todos pensamos que luego de haber seccionado a tu padre no volverías a pararte aquí. Así que preferimos cortar tu dibujo en treinta y cinco pedazos. Dejamos treinta y uno, he hicimos desaparecer cuatro. Ya encontraste el primero.

9. El segundo pedazo estaba junto al basurero de la calle Padre Mier

Los hechos: caminé. Supe que estaba ahí porque todo el mundo tira ahí los desperdicios. En la esquina de la calle Padre Mier, hay un anuncio de Pepsi Light con un agujero de bala en el hueco de la segunda *P*. Debajo del anuncio, hay tres botes de basura. Junto al primer cesto, que llamaremos *Hogar*, estaba el cadáver de un gato. *Hogar* es un cesto que hiede. Detrás, el otro cesto es más pequeño. A ese cesto lo llamaremos el *Mundo*. Ese pequeño cesto tiene una vagina dibujada por alguien, pero está mal hecha o en realidad aún no se logra distinguir qué tipo de vagina es. Si es de señora, de niña o de qué. Sólo se entiende que es una vagina porque es el dibujo característico que los chicos hacen de nuestras vaginas. Es curioso que haya una vagina pintada, sin identidad en el bote más pequeño que hemos llamado *Mundo*. Ahora el tercero:



es el bote más lleno de basura. A ese bote creo que nada le cabe ya. Se desborda. Parece lleno desde hace un mes. A ese bote lo llamaremos *Marianne*, como yo. Un bote insuficiente para contener tanta mierda. Y, miren, a un costado de *Marianne* se ha encontrado el otro pedazo del dibujo, sin embargo, no estoy segura de continuar buscando el resto.

10. Los hombres vivos

—A Roldan lo conocí un jueves. Papá entregaba mercancía en Salamanca. Roldan se entusiasmó con la idea de visitarme cuando papá salía, como en estos casos suele pasar.

—¿Qué hicieron?

—¿Qué hicimos? Jugar.

—¿A escupirse en la boca?

—A escupirnos la boca, la cara y todo lo demás. Él cantaba. Era negro. Era cantante en un grupo de salón.

—¿Ah, sí? ¿Qué grupo?

—The Blacks Young

—¿Qué es esa mierda?

—“Los negros jóvenes”. Un grupo de negros jóvenes que tocaban jazz. Él era negro completo, te digo. Me gustaba el color de su piel.

—¿Qué estás pensando?

—Nada...



—¿Sabes? Me dan asco ese negro en el que estás pensando y tú.

—Luego, vino Herbert. Él te veía mientras dormías. Le gustaba verte. Decía que parecías una oruga. Estúpida y desnuda. Después, Herbert no escupía, pero soplaba. Me soplaba en el cuello, en la espalda, entre las ingles, pero era extranjero y no entendía mucho cuando hablaba.

—Herbert. Recuerdo a Herbert mirándome mientras fingía dormir y, luego, montándote, cuando papá no estaba. Ponías música para que no escuchara.

—¿Me has pedido que te cuente todo esto y ahora sales con esa historia? Todos esos hombres aparecieron en esta casa no sólo por tener un trasero grande, sino porque tu padre se iba o dormía demasiado. ¿Entiendes? Tú en esto no importabas. Tu trasero estaba sólo lleno de pomada. Tus ojos siempre estaban secos. Nunca llorabas. Nunca pedías mi presencia gritando “Mamá” ni nada parecido, porque en realidad yo no era una madre. No lo fui gracias a ti, gracias a que no lo quisiste o, mejor dicho, nunca lo necesitaste. Nunca te fui indispensable. Ya tenías bastante con papá y su modo de afeitarse. Y yo, mientras caía el invierno, con Roldan y Herbert, podía soportar eso y más. No tenía la necesidad de ofrecerme a cualquier imbécil para sentirme joven. No tenía que tallarme la lengua sobre el labio inferior con ningún hijo de obrero que aprovechara mi soledad para extorsionarme. Es más, no tenía que deshacerme de ti como cualquier matrimonio que ya con hijos continúa haciendo planes para su vida, porque era como si no existieras. Tú te deshiciste de mí al momento de nacer y, entonces, reconociste la felicidad como ese lugar oscuro y vacío donde difícilmente se puede entrar...

—Mamá, son las 7:00 am. Y ahora, prefiero la escuela a escuchar toda esta mierda.



—Entonces, vete.

11. Yo en 1/4

Mi padre era un narcotraficante y lo amo
hubiese dejado que me hiciera un hijo
para que fuera como él

Ahora todo es más complicado para ellos
y es triste saber que le hayan cortado todo su cuerpo
con una sierra motorizada
siendo que él siempre odió el sonido de los motores
el motor del auto
del extractor de jugos
del aire acondicionado

La última vez que lo vi
me dijo que ya era una mujer, aunque pareciera una oruga
porque en el fondo yo deseaba haber sido su amante
y no su estúpida hija desnutrida

Él se deslizaba por los pisos encerados
e imitaba la voz de mamá cuando decía



“Quisiera que en este momento no existieras en este lugar”

o “Te dejaré el culo morado”

Me enseñó a conducir su auto

e iba por mí todos los días a la escuela con un arma corta

que guardaba debajo del asiento del conductor

y mientras se afeitaba la mantenía siempre a un lado del lavabo

Creo que antes de morir su deseo fue hacerlo por última vez

aunque esto implicara ir dividido en seis fracciones

dentro de una bolsa y mi vida quedara disuelta

como si un cuarto de mi cuerpo no existiera más

12. Saliva

—No queríamos hacerte mal.

—¿Qué dices, Christine?

—Intranquilizarte.

—No seguiré buscando si a eso te refieres.

—Marianne, el dibujo es lo que menos importa en este momento.

—Sabía que, si no lo llevaba conmigo, terminarían por romperlo.

—El dibujo es lo que menos importa, te he dicho. Por eso nos pareció buena idea

hacerlo, con la única intención de que no siguieras perjudicándote.



—Sí. Finalmente, era un rompecabezas.

—Marianne, los padres y los hijos son para siempre.

—Eso allá afuera pocos lo entienden. Los padres, por ejemplo, llevan a sus hijos a los módulos infantiles que hay en las cadenas extranjeras de hamburguesas. En el fondo, los odian, por haber arruinado sus planes, pero no accederían a tomar la decisión de abandonarlos ahí en medio del tumulto. En el fondo, saben que tienen cosas más importantes que hacer y los chicos resultan siempre un estorbo para ello. En el fondo, alguien, cualquier día, lleva ahí a sus hijos y cansado de arruinar su vida les prende fuego con el resto. A mí me gustaría ver eso. Me gustaría ver la cara de los otros padres reclamando las fracciones oscuras de sus pequeños, enseñándonos que la vida es siempre interrumpida por el deseo insoportable que tienen otros por hacernos pedazos la historia.

—Es horrible lo que acabas de decir. Vete. No quiero escucharte más. No quiero seguir pensando en que te veré los próximos ciento veinte días entrar a este salón antes de terminar el ciclo. Aquí algunos ya no están felices de verte llegar y debes saberlo. No están felices y cada vez son menos amables cuando propongo que te escuchemos, que te consideremos, que te demos otra oportunidad. Yo te quería hasta hoy. Juro que yo te quería, pero después de hoy no cuentes más con eso, Marianne.

—¿Qué te hizo cambiar?

—¿Qué?

—Sí... ¿qué?

—Que... no quiero seguir recordándote arrastrando tu patética bolsa por la calle, sólo eso.

—Bien. Démosle un aplauso a Chris, ha dicho la verdad.



—Discúlpame, Marianne, es mi hora de comer.

13. Más saliva

—Todo lo ha roto, Christine.

—Ayer hablé con ella en este mismo lugar. Ayer acordamos que cada quien seguiría su rumbo. Dijo que no me odiaba. Dijo que no les guardaba rencor por nada. Que por el contrario les estaba agradecida por aceptarla. Lo siento, pero tendré que llamar a seguridad escolar.

—Aquí está la perra.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¿Rompes todo lo que hay aquí? Los libros, las libretas. Los juegos de geometría. El lápiz, la pluma, los borradores. ¿Qué has utilizado para hacerlo?

—Las manos.

—¿Sólo eso?

—Sí. Y unas tijeras escolares.

—Tienes que irte de aquí.

—Está bien. Me iré.

14. Canción del trineo de Marianne

Una, dos, tres.



Era Marianne una niña al revés.

—Sujétenla de la cabeza. Así.

Tres, cuatro, cinco, llegará, llegará
al infierno dando un brinco.

—No le toquen la cara.

Era Marianne una pequeña niña infeliz. Cinco, seis.

—Quítate el uniforme. Todo. También la ropa interior.

Era Marianne una dulce niña, con tres manos,
seis piernas, cuatro pies.

—Acérquense los demás. Vamos a ver a la perra ladrar.

Seis, siete, ocho nueve y diez. Marianne llorará otra vez.

—Amárrenla de las piernas.

Diez, once, doce y trece.

Marianne limpia sus ojos, mientras ahí dentro la soledad crece.



—Ya no la pateen para que pueda correr. Está aullando la perra. Bueno, te vamos a pasear. Súbanse. Ahora echen a andar las bicicletas.

14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26.

Marianne se va en su trineo que le arrastra el cuerpo por la calle veintiséis.

15. Mamá idiota

—Mira el dibujo, ya sólo le faltan dos pedazos. No me interesó encontrar el resto, mamá.

—No te muevas, Marianne.

—Me arde.

—Tiene que arder.

—Prefiero quedarme así. No me sigas haciendo daño.

—Tú no sabes lo que es hacer daño. Tú no sabes qué es estar ahí, sin sangrar. Has sangrado todo el camino de la puerta al baño. No me importa tener que limpiarlo todo. Quiero que sepas que no me incomoda hacerlo. Lo haré, pero también necesito que hagas tu parte, es decir, que pares un momento.

—¿Un momento?

—Un momento de sangrar. Y para eso necesito vendarte o pasar el tiempo viendo cómo sigues escurriendo todo el baño.



—Mamá... ¿Te dije alguna vez que papá me parecía mejor que tú en la mayoría de las cosas?

—¿A qué viene eso ahora?

—Él era mejor en todo. ¿Quieres que te confiese algo? Tú eras para él una ignorante, me lo dijo una vez aquí, mientras tú dormías, yo me bañaba y él se afeitaba.

—¿Te bañabas mientras él se afeitaba?

—Si te refieres a que si me mostraba frente a él desnuda, sí. Lo hacía. Pero a él no le importaba demasiado. Dormía la mayor parte del tiempo frente al televisor y, entonces, entendía que podía tomar tu lugar a su lado.

—Eras una niña.

—Sí, y él era por esa razón, a ratos, más mío que tuyo.

—¿Qué dices?

—Mira este mensaje. Lo envíe a papá veintitrés minutos antes de morir. Léelo...

¿Qué dice?

—No lo entiendo.

—Míralo bien.

—Es que...

—Léelo, mamá...

—No. No puedo tolerar la escena. Vístete, por favor.

—¿Qué pasa?

—Pues... todo esto así, tan de pronto.

—Deja de llorar... ¿Qué es “todo esto”?

—Tú, tú eres todo esto. Tú diciendo eso con un teléfono en la mano, sangrando así, ensuciando el baño, desnuda, con esa máscara que insistes en llevar dentro



y fuera de casa. No traigas ya a tu padre a nuestra vida, que se quede afuera, a vivir en su bolsa, que se vaya lejos.

—Lee el mensaje, zorra.

—¿Cómo me llamaste?

—Zorra.

—Estúpida.

—Me golpeaste.

—Me llamaste *zorra*.

—No. Te pedí que leyeras el mensaje, idiota.

—Cállate.

—Bien. Me golpeaste otra vez. Cuando dijiste “cállate”, me golpeaste en la cara con los puños. Ahora acumulo más sangre. Tú eres igual que los chicos, sólo que los chicos por lo menos tienen una salchicha entre las bolas que a ratos quisiera tener dentro para sentirme aceptada. Pero tú no. Tú eres como el dibujo de la vagina en el basurero. Tú eres una vagina que dentro sólo acumula basura. Ahora estás callada y me golpeas más, luego, te sentirás culpable y llorarás metida en tu cuarto oliendo las camisas sucias de papá. ¿Quieres probar cuanto más podemos soportar estar juntas? ¿No? En realidad, esto será sencillo. Lee el mensaje, zorra, mamá, idiota o lo que seas.

—Lo leeré y, luego, tú te largaras de aquí. Dámelo.

—¿Qué dice?

—“Queríamos verte hoy. Mamá está ciega o parece que está ciega porque nunca te ha visto bien. Entonces, corrijo: quería verte hoy. Mamá, no te verá”.

—¿Porque dejas caer mi teléfono?

—¿Cuándo escribiste eso?



—Ya te lo dije.

—Bueno, él está muerto.

—¿Quieres saber qué contestó?

—No.

—Deja de llorar de ese modo. Me iré si lo necesitas. Me iré, te lo prometo. Pero antes escucha...

—Ve a tu cuarto. Me quedaré a limpiar el piso del baño.

—Bien, te lo voy a decir: él escribió “Mamá no es ciega, hija, sólo es ignorante...”.

—Desaparece, por favor.

— “...ignora que ve”.

16. En el hospital

—¿Quién lo hizo?

—Él.

—¿Quién es él?

—Papá... algunos dicen que papá.

—¿Quieres decir que tu padre te golpeó así? ¿Te dejó desnuda por la calle?

—Sí.

—Las heridas en tu cuerpo, las raspaduras, las llantas de bicicleta marcadas en tus piernas...

—Sí, doctor.



—Pero tu padre está muerto. ¿No lo recordabas? Bien. No te muevas. ¿Fuiste víctima de violación?

—No. Fui víctima del silencio. Fui víctima del olvido, doctor.

—Te internaremos dos días.

—Bien.

—Y ahora me contarás la verdad de lo que pasó.

—No.

17. Mamá y Marianne en silla de ruedas fuera del hospital

—No me lleves a casa.

—Tienes que descansar.

—Lánzame de un puente, descansaré más.

18. Morgan

Habían anunciado

que todos los que la odiaran

fuera al callejón que está cerca de su casa en bicicleta

cuando salió por la tarde

alguien le llamó por su nombre

y al acercarse hasta ahí la golpearon todos



y después la amarraron de las piernas a seis bicicletas
y los chicos en sus bicicletas se echaron a andar
por toda la calle veintiséis sin parar
hasta que llegaron a una avenida
donde comenzaban a correr los autos
y ahí se detuvieron

Ella estaba malherida
pero no lloraba ni decía nada
ni pedía que pararan
no hacía nada solamente los miraba
y cerraba los ojos por el dolor
pobre chica pensé
pero no podía ayudarla en ese momento
porque ahí junto estaban los chicos que conducían
y la insultaban aún
pensé que algo realmente malo había hecho
o más bien en el motivo para tratar así a alguien
pero no sabía que ella había hecho tanto daño
a las pertenencias de los demás
no sabía que había hecho pedazos todo
que había acabado con todo
no sé qué pudo pasar para que la trataran de esa manera
y tener a los chicos satisfechos de ver
cómo se desprendía su piel por el pavimento



Ella era linda desnuda
tenía dos pechos con pezones color cereza
yo hubiese querido estar presente
si es que abusaron de ella
me llamo Morgan
ando en patineta

19. Zoo

—¿Y tú?

—Marianne, tengo 17 años.

—¿Quieres ir al zoológico?

—No.

—Me gusta que no tengas cabello.

—El cabello me lo cortaron en el hospital. Esto es así. Un día apareces de un modo, otro día de otro. Todo cambia de pronto. No es cuestión de moda si no de lo que hagan contigo los que llevan las riendas del mundo. ¿Te ríes? No tengo ganas de hablar con nadie. Lo siento. Sólo estoy sentada en este columpio. Veme bien. Ni siquiera me balanceo. No hago nada. Sólo estoy suspendida en este vehículo inútil que no lleva a ningún lado, pero es divertido para algunos que quieran sentir el impulso de llegar a alguna parte sin conseguirlo. Sabes bien que es lo que digo, ahí está tu patineta. Esto no es Noruega. Esto no es Irlanda. Esto es Monterrey y apesta a cadáver de hombre, niño, niña y mujer. De



ancianos. De padre y madre. De *juniors* y asesinos como papá. En este momento, en la ciudad, colisionan los autos y de ellos emergen las metralas que aumentan la soledad de los que hoy estrenarán muertos. Pero por ahora sólo estoy sentada sin llegar a ningún lado y el hecho de que no haya una mosca cerca, me hace alegrar el día.

—Yo vi cómo te golpearon.

—Ah.

—Cuando te golpearon aquí, pensé que te abrirían más.

—No lo toques. Se infecta.

—Deberías llevar las vendas puestas.

—No me gustan las momias.

—Y a mí me gusta que no tengas cabello... ¿Vamos al zoológico?

—Mira el elefante. Mira la jirafa. Mira el rinoceronte. Mira la ventana por donde mira el lobo. Qué pequeña es. Y qué pequeño es el valor del lobo para intentar escapar. ¿Te gustan más los osos? ¿Los osos negros? Ahí hay uno. Compremos algo. ¿No te importa que la gente me mire? ¿No te importa que la gente me mire demasiado, incluso más que a los animales que están aquí encerrados? ¿Lo ves? Fue mala idea venir al zoológico el día de hoy. Quizá debamos esperar hasta que esté distinta. Hasta que algo cambie en mí. Hasta que todo mi cuerpo cicatrice. Aquí soy un animal más que espera estar liberado inicialmente, por lo menos de las miradas.

—Mira el elefante. Mira la jirafa. Mira el rinoceronte. Mira la ventana por donde mira el lobo. Qué pequeña es. Y qué pequeño es el valor del lobo para intentar escapar. ¿Te gustan más los osos? ¿Los osos negros? Ahí hay uno. Compremos



algo. La gente te está mirando. La gente te mira más que a los canguros y los dromedarios. La gente siente lástima por ti y quizá también por mí. Se apiada más de nosotros que de las hienas que caminan de un lugar a otro en su prisión. A ti finalmente te han golpeado, no has tenido elección, pero en cambio yo, no he tenido a nadie que quiera pasar la tarde en el zoológico más que una chica accidentada. Eso es peor. Una chica con la que nadie tendría porque toparse un domingo en el zoo. A la que sólo debieron dejar entrar, pero cubierta como una momia. Vámonos. Creo que ya lo hemos visto todo. ¿Dónde estás? No subas a la reja de los gorilas. No alimentes a los reptiles. No te quedes parada mirando fijamente los ojos del león. Ha comenzado a llover...

20. 20 días, 8 horas, 23 minutos y 7 segundos

Papa murió desde hace 20 días

8 horas 23 minutos y 7 segundos

A nadie le importa

ni a mí

después de todo

las cosas no han ido tan mal por aquí

Hoy acabo de descubrir algunos periódicos

que mamá ocultaba sobre la muerte de papá



Por ejemplo éste donde aparece
su rostro junto a un pie

Mucha gente ha accedido a comprar esta publicación
con el gusto de observar a mi padre desmembrado
¿qué debo sentir?
en este momento nada

Mamá al contrario siente injusticia
ella dice que es injusto que las publicaciones
se enriquezcan con cadáveres ajenos como el de mi padre
sin pagar un poco de sus ganancias a los familiares
Que eso ayudaría con un par de cosas que hay que saldar
luego de que la gente muere inesperadamente
y eso es todo

Estoy aquí y me siento inútil
saldré a la calle
volveré a casa
entraré en la ducha
me masturbaré cuidadosamente con la yema del dedo índice
y dejaré caer los huesos sobre la cama

Dormiré desayunaré me pondré el uniforme



llegaré a la escuela haré la tarea y comenzaré otra vez

¿Eso les suena conocido?

Me alegra saber que a diferencia del resto

yo tenga algo por lo menos trágico que contar

además de que me han pateado el culo lo suficiente

como para seguir tratando de ser agradable con los demás

Eso es todo

el tercer fragmento de mi padre

lo llevo sobre mi nariz es uno de sus ojos

21. Tercer fragmento del padre

—¿Qué haces? ¿Con quién hablas? ¿Por qué has sacado esos periódicos que te prohibí que vieras? ¿Por qué no te vas de aquí? Tengo 57 años y aún puedo encontrar a alguien. ¿Entiendes? Irme de aquí.

—¿Por qué hicieron eso con papá? ¿Tú lo sabes?

—¿Qué?

—¿Por qué lo mataron? ¿Por qué lo dejaron fuera de mi escuela? ¿Lo sabes?

—Sabíamos que ocurriría eso con papá en cualquier momento.

—No hablo de lo que sabíamos, si no de por qué ocurrió...

—Esa mañana llamaron a casa.



—Sí, papá se afeitaba.

—Tú contestaste:

Marianne: ¿Hola?

La madre: ¿Es para ti?

Marianne: No. Es para papá. ¿Digo que no está?

La madre: No. Pásamelo. ¿Bueno?

Marianne: Papá no quiere contestar.

La madre: ¿Por qué colgaste?

Marianne: Papá no quiere contestar.

La madre: Tu padre está en el baño, afeitándose. ¿Cómo pudo decirte que no quería contestar?

Marianne: Me lo dijo desde anoche. Antes de irme a dormir.

La madre: Mientes.

Marianne: No miento y no guardo amantes en el ropero como tú.

La madre: Ve a tu escuela. Llegarás tarde.

Marianne: Bien. ¿Pasarás por mí, papá, como de costumbre?

—Y él dijo “sí”.

—Sí. Recuerdo eso, Marianne. No puedo creer que todo esto haya terminado así.

—¿Lo sabías?

—Sí. Lo sabía. Sabía que papá hacía lo mismo.

—¿Qué hacía?

—Lo mismo que hicieron con él. Despedazar gente.



—¿Qué más?

—¿Qué más?

—Sí, ¿qué más? No dices nada. Nunca dices nada.

—Él no contaba nada. Esa mañana salí al supermercado como todos los días para volver y preparar la comida. Así que vinieron por él hasta aquí. Le dieron un tiro con su arma y, luego, lo cortaron con la sierra dentro del baño...

—¿Lo cortaron en el baño? Eso no me lo habías dicho.

—No hubiese querido decirte muchas cosas. Cuando llegué, el sitio estaba bañado en sangre. Ese mismo día, los militares lo borraron todo. Desaparecieron los rastros. Me aconsejaron no decirte donde había sucedido si pensábamos seguir habitando la casa después de todo esto. Eso me hizo imaginar tu dolor mientras te bañabas o cepillabas los dientes en ese lugar. Por eso la noche en que te curaba y sangrabas el baño, me puse tan mal. Era como revivir un poco la misma escena, pero ahora contigo ahí, sangrando como él.

—¿Y luego?

—Luego, como te digo, los militares limpiaron todo. Dijeron que no tenían demasiado que investigar. Cuando algo así sucede y tenemos que la víctima es el criminal, todo se va simplemente al basurero de esta estúpida guerra y ya.

—¿Y ya?

—Sí. Y ahora necesito irme, Marianne.

—No. Dime por qué le hicieron eso, mamá.

—Tu padre no hablaba mucho y no era mi costumbre involucrarme demasiado en sus asuntos.

—¿Por qué le hicieron eso? Tú dormías con él, tú dejabas que él subiera a tu cuerpo, tú lo veías desnudo sobre la cama como un muerto, con la diferencia de



que despertaba y, al despertar, uno de pronto amanece con ganas de decir la verdad. De hablar de su vida o simplemente callar. Pero él hablaba. Escuché muchas veces que hablaban en voz baja para que yo no escuchara.

—Esto es así: destazan cuerpos por ajuste de cuentas y, luego, los lanzan a sus familias frente a sus casas, en el jardín, dentro de sus autos, mientras se celebra una fiesta, fuera de las iglesias, de los cuarteles militares, del colegio de sus hijos...

—Te engañas. A papá lo mataron por tener una mujer ciega como tú que pudo haber sido su hija estúpida, porque en nada le pudo ayudar a confiar...

—¿Qué dices, idiota? Lárgate. Ve a llorar a otra parte. Pareces una estúpida bolsa.

—¿Una bolsa?

—Una bolsa vacía. Sin padre dentro.

22. detrás del automóvil

—Nos gusta estar juntos. Ya tienes 17 años. ¿Quieres chupármela?

—Sí.

—Detrás de este automóvil hay espacio.

—No quiero que hagas nada, ¿entiendes? Mientras todo esto sucede, vas a sujetar el cofre del auto y no hay más. Lo he hablado ya con mamá. No nos importa en realidad quién seas, ni que familia tengas. Mamá necesita que yo tenga a alguien. Ella piensa que así tendré menos tiempo de pensar en cómo



hacer daño al mundo. En resumen, sólo se trata de salir un par de horas durante el día y hacer esto algunas veces. ¿Te has venido?

—Sí.

—Eres estupendo. Tardas poco y eso hace que tengamos tiempo para algo más. Iremos algún día al zoológico otra vez. Esa tarde no estaba preparada y como podrás ver, ya están sanando mis heridas.

—Sí.

—Morgan, cuando comience a necesitarte, por favor, no me vayas a tomar por una idiota, ni acostarte con mi madre. Ella está sola y necesita también un hombre, no importa que sea algo como tú. ¿Lo prometes?

—Tu madre me ha pedido que sea un buen tipo contigo y que haga lo posible por no golpearte, ni traer el tema de tu padre a colación.

—Ella no tiene mucho que decir sobre mí, Morgan. Nos iremos pronto y no será necesario que tú vengas con nosotras. Lo sabes. ¿Pasa algo?

—Sí. Sólo no quisiera que los otros chicos se burlen de mí por estar contigo. Así que, si nadie se entera, es mejor. ¿Lo prometes?

—Ay, Morgan.

23. Mamá, Morgan, Marianne y el dinero para un teléfono celular

—Ven, mamá.

—¿Qué?

—Hablemos de Morgan. ¿Le pagas?



—No.

—Le pagas por estar conmigo.

—No. Le he dado algunas cosas, solamente.

—Por ejemplo, dinero.

—No. Le he dado solamente un celular.

—Ella dijo que te compró uno para que hablaras conmigo. Nunca hablas conmigo por celular. ¿Por qué engañaste a mi madre? El hecho de que esté sola, no implica que sea estúpida.

—Marianne, él me dijo que te hablaría todas las noches, que te enviaría mensajes. El celular era una forma de tenerte protegida, como tu padre lo hacía conmigo. Cerca de él.

—Mientes, Morgan.

—Tu madre no me ha dado nada.

—Mamá, él no tiene celular. Nunca me ha llamado. No le has dado nada.

—Pues entonces quiero hablar con él, Marianne, para aclararlo.

—Ven a casa, Morgan, y arreglemos el asunto.

—No iré.

—No irá, mamá.

—Tu madre no me ha dado nada, Marianne. Lo juro.

—¿Nada?

—Me dio un poco de dinero, nada más.

—¿Le diste dinero, mamá?

—Le di dinero para que comprara un teléfono.

—Morgan, muéstrame el celular que te dio mi madre.

—No me ha dado nada.



—Dijiste que no le habías dado dinero.

—Es la misma historia, con ese dinero hubiese comprado yo el teléfono y se lo hubiese entregado... ¿Cuál es la diferencia?

—¿Cuál es la diferencia? Que él prefirió gastar ese dinero en vez de comprar el estúpido teléfono. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Piensa un poco y sabrás por qué.

—¿Porque es pobre?

—No, mamá, porque el teléfono implicaba hablarme.

—Sí. Lo siento, hija, tienes razón.

—Ven, Morgan. ¿En qué has gastado el dinero que te dio mamá para el teléfono?

—En piedra.

—Bien. ¿Quieres ir al zoológico otra vez?

—No.

—¿Quieres ir detrás del auto?

—No.

—¿Sabes? Golpeé a mamá por haberte dado dinero. Le hice prometer que nunca lo repitiera con ningún otro chico que fuera conmigo al zoológico o detrás del auto. Ahora pienso que eres un estúpido y no me gusta pensar en eso cuando sé que tengo una navaja entre las manos.

—Putá.

—¿Eso es todo lo que piensas decir?

—Sí.

—Morgan, no hay demasiada imaginación ahí dentro.



24. Entrevista sobre Marianne a un chico del colegio

Ella parecía normal. En la escuela, todos la llamaban *Perra lamebolas*. Los chicos son así. Nadie los soporta en esos casos. Lo único que les interesa es llamar la atención y fumar cigarrillos a escondidas. Marianne les molestaba porque tenía dinero y eso, para algunos, era incómodo a la hora de querer comprar algo. ¿Entienden? Y es que ella compraba siempre un poco más que todos. Tenía un teléfono celular muy caro, pero que nunca usaba, por ejemplo, y eso ponía de malas al resto y lo único que faltaba para terminar de odiarla es que fuera obesa. Marianne nunca se disculpaba por nada y, aunque nadie lo diga públicamente, gozaba de privilegios con la institución. Christine, la profesora toleraba su comportamiento. Algunas veces la intentamos convencer de que la echara, pero no accedía. Nuestros padres rezaban cuando supieron que compartíamos ocho horas al día con ella. Por eso a nadie convenía ser su amigo. Nos lo tenían prohibido. Marianne destrozó todos nuestros libros y cuadernos como venganza de que rompimos un dibujo horrible que hizo de su padre. Entonces, tuvimos que pegarlo todo porque eran las notas del curso y, en el caso de los libros, nuestros padres no estaban dispuestos a comprarlos una vez más. Cuando supimos que le cortó el rostro a un chico con su navaja, pensamos en haber tenido suerte de que haya pasado con los útiles y no con nosotros. No tengo nada más que decir sobre Marianne Colegán. ¿Me puedo ir?



25. Las balas

Todo acabó con Morgan y llegó el invierno
estoy sola
mi madre se va a visitar a su madre
será un encuentro de madres solas y arrepentidas

Estoy enferma
me pregunto dónde habrán quedado los dos últimos pedazos
del dibujo que hice de mi padre
me pregunto dónde estarán ahora los restos de papá
en qué parte de la ciudad

He recibido una carta donde ofrecen disculpas
los cretinos de la clase
pero no pienso responder

Recorro el baño donde mamá ha dicho que cortaron su cuerpo
tomo la pequeña sierra eléctrica del armario
y paso algunos minutos sintiendo su vibración en mis pechos
pienso en amarillo
en el hospital me recomiendan que no piense más en ese color
dicen que me ayudará a estar bien pensar en blanco o en azul
que es el color del mar



Ahora salgo y la gente me observa
hablan sobre lo que me ha sucedido unos sienten pena
otros simplemente no sienten
otros han dicho tal vez que se alegran

Tomo la bicicleta y me alejo
no quiero volver
no quiero saber qué más pueda decirse de mí
voy al columpio

El cabello me ha crecido
y mi piel es más blanca que antes
camino por la calle donde Morgan solía patinar con sus amigos
pero no espero verlo
de cualquier modo no me reconocería
llevo como máscara una bolsa del supermercado

Dejo la bicicleta corro
y esto con lo que me he topado ahora es un soldado

Hola
el soldado quiere que me quite la máscara
no puedo
“Quítatela” dice
“He dicho que no puedo:



tengo un asco de cara”

contesto

El soldado ahora me ha quitado la máscara
comprobado que soy en realidad una estúpida chica
en proceso de cicatrización

Hay disparos vamos juntos al piso
el soldado me protege llevando su brazo hasta mi espalda
apunta con su arma mientras me pide que me tranquilice
siendo que ahí el único intranquilo es él

Pasarán pocos minutos antes de que lo maten
y es joven
quizá muy joven
quizá un año mayor que yo

El enfrentamiento ha tomado una pequeña pausa
entonces el soldado me mira
y como un cobarde que intenta ser un héroe me dice
“Quiero que te vayas lejos ahora mismo”

Salgo de ahí haciendo equilibrios
imaginando que voy caminando por la cuerda floja
nadie dispara y he vuelto a usar la máscara



Los chicos de ambos bandos comprenden
que éste también es un juego
que éste es un juego donde finalmente
nadie logra diversión alguna

Pudieron haber sido amigos de niños y
ahora no lo recuerdan
ahora se esfuerzan un poco en odiarse
para alimentar el valor
que en algunos casos es insuficiente
cuando se piensa soportar la molestia de una bala que
se abre camino en el cuerpo

Apresuro el paso
tras de mí las ráfagas comienzan a sonar precipitadas
siento estar en medio de todo esto
sin embargo no me precipito

Escucho mi nombre
¿Papá estás ahí?
escucho que papá habla desde el fondo de su bolsa

Las manos de papá dicen
“Detente pequeña”
las piernas de papá dicen



“No camines más alcanza con la frente tus rodillas”

la cabeza de papá dice

“Nada cambiará”

Entonces sé que es el día de intentar

ser feliz en esta ciudad

junto a las balas

26. El horno que hace cenizas la historia

—¿Mamá?

—No hablaremos más de tu padre.

—Esta mañana pensaba en él dentro de esa bolsa. Sin oxígeno. Temblando. Como si aún hubiese seguido vivo...

—Marianne, intento ver el televisor para distraerme, quítate de enfrente.

—...preguntándose si mañana habrá alguien que le lleve dentro de su bolsa a dar un paseo por ahí. Porque nosotras hemos elegido otro camino. Nosotras elegimos caminar sin llevar bolsas a ningún sitio y hemos olvidado las bolsas que no contienen sólo estupideces. ¿A dónde llevaron esa bolsa? ¿Por qué no lo dejaron con nosotras? ¿Por qué nos corrieron del lugar esa tarde?

—Basta. Iré a dormir. Apaga el televisor después de que cenes. No me sigas Marianne, no me sigas por las escaleras. Apártate, déjame entrar al cuarto y cerrar.



—Dejaste que lo llevaran a cualquier sitio para quemar sus partes. Para que ardiera con la mierda que acumulan los otros muertos dentro de esos hornos. Unos hornos ingrátidos, desalmados que pasan el día haciendo cenizas cientos y cientos de cuerpos que entran a la chimenea para arder hasta consumirse.

—Largo, sal de mi cama, sal de mi cuarto y apaga la luz.

—Cientos y cientos de muertos hasta que la chimenea se apaga, se queda sin combustible y ahí van los diablos a cagar sobre ella para reavivarle. Papá llegó en su bolsa y sus cocineros permitieron incluso que la bolsa ardiera con él.

—Por última vez, cállate y apaga la luz al salir. Necesito dormir.

—¿Sabes qué? Hubiese querido conservar la bolsa para meterme ahí cuando me sienta hecha pedazos.

—Marianne...

—Como ahora.

27. Christine hablando por teléfono con alguien que podría ser el director del colegio o un agente de la policía de Nuevo León

—Ahora todo es mejor. Sí. Ahora todo se compone. Ella no regresará. Aquí hay algunos que la recuerdan, pero no importa. Nos vemos en la necesidad de perdonar ciertas cosas. Por ejemplo, tener alumnos que se quieran suicidar. No hablaremos más de Marianne por la única razón de que Marianne para nosotros no existe, sin embargo, le deseamos lo mejor. Los chicos no la echarán de menos. Entre otras cosas, porque tendrán que pagar por algunos daños que les



ha ocasionado estúpidamente. Se les ha acusado de participar en el accidente de Marianne, sin embargo, ellos reconocen que sólo la han insultado y ella, con dolor, ha creado todo ese montaje. Cualquiera pierde la cabeza. Cualquiera pierde cualquier cosa que tenga que perder si de pronto observa que a su alrededor todo su material de estudio está desecho. Esto en realidad sólo nos hace recordar a Marianne algunas veces, cuando vemos que se trata de un rompecabezas absurdo, que nadie tenía la necesidad de volver a armar...

28. Marianne pensando en el suicidio mientras mira por la ventana

Afuera chocaron dos autos
no sé si bajar a ayudar a los pasajeros
no sé si quedarme aquí observando desde la ventana
no sé si pensar en que me hubiese gustado ser
uno de esos muertos

Al cabo de un mes todo quedó igual
muertos chicos que andaban en patinetas
peces sin hogar

Voy a cantar una canción
pero no sé si pueda ser agradable



voy a quedarme callada enterrándome los dientes
en el labio inferior hasta sangrarme

Voy a quedarme quieta otra vez
no hay nada más allá
no hay nada más que un pequeño lugar
donde seguir pasando los veranos
pero no sabemos dónde

Quizá toda la vida se trate de intentar hallarlo
y luego renunciar a él

Me duelen las piernas
me duele el estómago como si hubiera comido cenizas
me siento un estorbo para mí misma
siento que me estorbo al caminar
por eso no voy a ningún lado
sólo confirmo que todo sigue ahí y evito tomar dirección

Cometería un crimen en este momento
con el único propósito de que me recluyan en una prisión
lejana a la realidad

“Ésta es una historia basada en hechos reales”

“Esto realmente sucedió”



“Esto realmente sucede en este momento”

Me digo me repito

Aquí viene mi madre otra vez

en esta ocasión para decirme que finalmente
se ha dado por vencida y se va de aquí

Te escucho mamá

29. Encima de la mesa están las tijeras

Me voy

lo entendí todo y en este momento me estoy meando

¿lo ves?

este charco es lo único que quedará de mí dentro de esta casa

no me importa si algún día te vas

o vendes los muebles

para mí es igual tú o el olvido

para mí es igual tú o el pasado perdido

Ahí tienes el refrigerador con un poco de yogur

ahí bajo la regadera está el champú

debajo de la cama tus zapatos



encima de la mesa las tijeras

No entres a mi cuarto

no hay nada

si quieres encontrar algo mío

busca en la acera contraria

tiré todo por la ventana

pero date prisa que en este momento ya comienzan

a llevarse algunas cosas

No sé a dónde irán como tampoco supe a dónde

fueron las partes de tu padre

te digo la verdad

No sé a dónde irás tú

o las colillas de los cigarros que se fuman en la ciudad

Alguien me ha dicho que Roldan

aún canta en aquella vieja banda de negros

en un restaurante a las afueras de la ciudad

los Blacks Young

¿quién iba a decirlo?

Han envejecido y siguen conservando el mismo nombre

Quizá Roldan se acuerde de mí...



porque Herbert el blanco
sé que ha muerto el verano pasado

Hija

si alguien trazara con tiza mi trayectoria en esta ciudad
todo se resumiría en miles de líneas que siguen
la dirección de esta casa al supermercado
de la cama al escusado
de la estufa al comedor
y hoy creo haberme convencido de estar vieja
y más sola que nunca

Adiós Marianne

—Adiós, mamá. Que seas feliz en algún lugar.

—Gracias, hija. Aunque ambas sabemos... eso no ocurrirá.

30. En los supermercados, nadie dejaba entrar a mamá

Mamá se fue hoy
y tenía aún algunas preguntas que hacerle
quería preguntarle por ejemplo
qué pasó con ella desde la muerte de papá hasta hoy



¿Por qué dejó de comer?

¿Por qué dejó de hablar?

¿Por qué se suicidó de ese modo?

Abandonándose

dejándose crecer el cabello

las uñas los vellos bajo el brazo

¿Por qué se le veía sola hablando en los supermercados
con alguien que no existía?

¿Por qué llenaba el carrito sólo de carne empaquetada
y luego al llegar a la caja se ponía a llorar
diciendo que la persona que la acompañaba
se había ido con el dinero y ahora no tenía con qué pagar?

Mamá pudo haber sido arrestada por eso y
finalmente luego de algún tiempo
le impedían el paso a los supermercados

¿Era una forma de acercarse a papá?

¿Ella creía hablar con papá mientras hablaba
con esos paquetes de carne congelada que al final
decidía no llevar a casa?

No lo sé

Mamá nunca dijo nada de esa historia



lo cierto es que aquí evitaba la carne
y sólo durante la cena comíamos zanahoria y col

Están tocando a la puerta ¿quién es?

31. Christine detrás de la puerta

—¿Marianne, estás bien?

—...

—¿Marianne?

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

—No.

—¿No volverás ya a la escuela? Los chicos preguntan por ti.

—No volveré. Mi madre me obligó a salir y tú misma me pediste que no volviera.

—Olvidemos lo que ha sido el pasado. Deberías seguir estudiando, si no es ahí,
en otra escuela.

—Gracias, Christine, ahora estudio en casa.

—Mira, encontré uno de los pedazos que faltaba a tu dibujo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde estaba?

—Lo conservaba yo.

—Entonces, no lo encontraste.

—Con éste, serán treinta y cuatro. Sólo te faltará uno para



completarlo.

—¿Has estado mirando por mi ventana, Christine?

—Sí. Sólo un momento.

—Llevas días mirando por esta ventana, sólo un momento, te he visto.

—¿Puedo sentarme?

—No estarás mucho tiempo, Christine.

—¿Tienes algo de beber?

—...

—¿Agua?

—...

—¿Qué pasa, Marianne?

—Tengo agua que sale de los ojos cada que miro en ese espejo roto, Christine.

¿Lo ves? Mi madre lo rompió al salir. Esta mañana, lo he vuelto a unir. ¿Quieres mirarte ahí?

—No.

—Hagamos un ejercicio, Christine. Dime... ¿Qué ves ahí?

—He dicho que no quiero mirar.

—Abre los ojos, Christine. ¿Qué ves?

—Una...

—Dilo...

—Una mujer deforme.

—¿Y qué sientes con eso?

—Deja de presionarme el cuello. Me haces daño.

—Di qué sientes, Christine, es parte del ejercicio.

—Siento... haberme roto.



—Yo siento lo mismo. Y cuando siento eso, generalmente, comienzo a llorar todo lo que no pude llorar de niña. ¿Sientes lo mismo? ¿Sientes ahora que quieres llorar?

—No. Sólo quiero algo de beber.

—Pues, bebe tus lágrimas y vete para siempre de aquí.

32. Marianne y su padre saltan sobre la cama

A. El modo en que los años pasan siendo segundos

—¿Por qué siempre que estás en casa te afeitas, papá?

—No lo sé.

—¿Te gusta utilizar tu navaja en otra cosa que no sea matar?

—¿Quién te ha dicho eso? Me gusta estar apuesto para ti y tu mamá.

—¿Sabes que nunca he besado a un hombre?

—¿En la boca?

—Claro.

—Tienes siete años, es lo normal.

—Mis amigas ya besan, papá.

—Besarán a sus padres. Cuando somos niños, aún podemos besar en la boca a los padres.

—Papá, ya tengo doce años, quiero besarte.



—Con doce años ya no es posible, Marianne. Justo con doce años dejas de ser niña y comienzas con la pubertad.

—Papá, enséñame a disparar tu arma.

—Tienes dieciséis años, Marianne. Cuando seas mayor de edad, lo haré.

—Mañana iré a comprar ropa distinta.

—¿Ropa? ¿No hay suficiente ropa en esos burós?

—Ropa que me haga ver como una mujer.

—Marianne, eres ya una mujer.

—¿Lo crees?

—Tienes diecisiete años. Ven.

—¿Qué pasa?

—Ven.

—¿Sí?

—Descúbrete los pechos.

—Ya.

—Si tus pechos ya no caben en mis manos, eres ya una mujer. ¿Lo ves?

—Sí.

—Y además eres hermosa. Bien. Ahora cúbrelos otra vez.

B. El mundo es una navaja de afeitar (Monólogo del padre)

Saltemos Marianne

eres ya una mujer

algún día te llevaré a un hotel



te mostraré cómo sobreviven ahí las camas cubiertas de sábanas
que ocultan los desperfectos tristes del colchón
manchas oscuras de los hombres que han eyaculado a
toda prisa dentro y fuera de sus mujeres
un mapa continental de hijos perdidos

Podrás recostarte sobre esos colchones
y podrás saber de qué se trata mirar por una de sus ventanas
desde ahí el mundo parece distinto
ahora que eres una mujer
debes saber que el mundo es una navaja de afeitar
que se acabó para ti y lo que sigue
no será de ningún modo agradable

Los hombres depositarán soledad en ti
y esa soledad te llevará no necesariamente a estar sola
sino a intentar que el resto del mundo lo esté contigo

Luego vendrán otros hombres
y querrán quitarte primero el vestido y luego la piel
El asunto del sexo es soledad Marianne entiéndelo
el asunto del sexo es lo más triste que hay

Tendrás que aprender a escapar
y tendrás que encontrar el modo de odiar



de la manera más imparcial
como yo odio a tu madre
como te odié a ti cuando supe que faltaba poco
para que te convirtieras en mujer y me abandonaras

Esto así es

algún día alguien te tomará de la mano
y te llevará a vivir con él dentro de una casa
entonces sin que te des cuenta
la vida acabará de extinguirse para ti
y a cada minuto reconocerás que algo se ha ido al carajo
El brillo de los ojos la blancura de los dientes el tono de la piel
el timbre de la voz el fluir de la respiración tu paciencia tu alegría
tu entusiasmo de niña tus recuerdos tu memoria tus dientes
tu cabello los latidos del corazón

Ambos irán quedándose solos sin nada
y si un día aparecen los hijos
tendrán ya suficiente trabajo en remediar sus penas
como para mostrarles algo de importancia

Su único ejemplo serán ustedes
y ustedes estarán ya fracasados
los chicos se sumarán entonces a la larga lista de gente
que hace fila en las ciudades para tener un empleo



con el cual puedan llevarse alguna mierda a la boca
dormir un poco ver el televisor
y así finalmente ser parte del cementerio inútil de este país

Tengo cincuenta y tres años
y apesto a planes incumplidos
y mi edad ahora pasa lenta a diferencia de la tuya
he matado a muchas personas menos a los amantes de tu madre
para que la mantuvieran ocupada lejos de ti y de mí

He matado a muchas personas
y siento que he matado a más con la muerte de estas primeras

Marianne yo soy un asesino
y la única persona que no me odia eres tú sólo porque soy tu padre
sólo porque contigo he dejado de ser un asesino
que debería estar siendo torturado buena parte de eternidad
para entregarte el amor que debo al resto del mundo

Ahora te escupiré en la boca y tú me lo regresarás
así como lo hacía con tu madre
¿Estás de acuerdo?

Bien eso es todo

ahora sigamos saltando



—Sí, papá.

33. Maqueta lacónica de la casa de Marianne

Marianne destruyó la casa entera. La volvió a formar. La reconstruyó en cada pequeña parte que originalmente la componía. Cuando la visité por última vez, pude observar el sitio con atención y trabajar en esta maqueta del lugar. Aquí está. Iniciaremos un recorrido con la ayuda de la cámara que ampliará en esta proyección, la imagen. Ésta es la puerta de entrada. El aspecto corresponde a la temporalidad de cuatro meses y una semana. Éstas son las dos ventanas por donde la gente miraba. Ésta es la cochera donde la gente se preguntaba qué es lo que pasaba ahí dentro. Vayamos ahí. La cocina; sobre la mesa, los platos en mil pedazos adheridos nuevamente a su forma original. Las bombillas. Las cortinas a cada centímetro remendadas. El refrigerador funcionando aún con roturas en la maquinaria. El sofá unido con hilo para pescar. Los cristales de las ventanas formando algo parecido a un río que atraviesa las estancias. En el segundo piso, la habitación donde los padres dormían muestra paisajes compuestos por escombros, imposibles de habitar. Y, al fondo, Marianne temblando. Desnuda. Con una bolsa cubriéndole el rostro. Muda. Acariciando a un hombre imaginario, bajo el dibujo aún incompleto que hizo de su padre. En las paredes, también se podían leer algunas frases:

“Ahora papá sale de la bolsa”, “Ahora toma de la mano a Marianne”, “Ahora ambos se escupen la boca”.



A continuación, se muestra el video de la entrevista hecha a Marianne Colegán, la tarde del 19 de enero del año 2011, luego de que la policía fuera a arrestarla dentro de su casa, luego de un mes y medio de cautiverio:

—Nombre.

—Nadie.

—Nombre.

—Cualquiera.

—¿Por qué hiciste todo esto, Marianne?

—....

—¿Por qué?

—Me gustan los rompecabezas.

—¿Qué te llevó a hacerlo?

—...

—¿Qué te llevó?

—Ver una bolsa oscura, vacía.

—¿Qué harás ahora?

—Iré a la cárcel, maté a mi padre, lo corté en fragmentos.



WV

VI